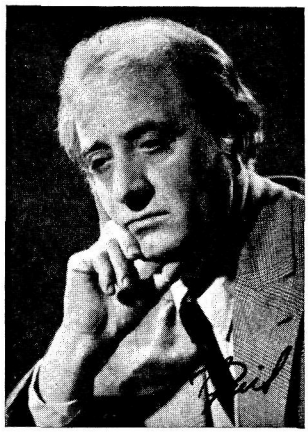
LUCIANO GRACIA

VERTICE DE LA SANGRE

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1974



LUCIANO GRACIA

Absorto en el poema y en la amistad —como dijo de él Rosendo Tello—, nace en Cuarte de Huerva, provincia de Zaragoza. Siendo niño se traslada con sus padres y hermanos a la capital, dedicándose a la noble profesión de tipógrafo.

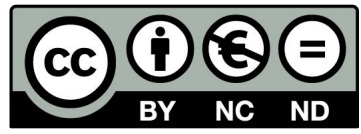
Corría el año 1946 cuando L. G. conoce a Guillermo Gúdel, éste, años más tarde, lo presenta en la Peña "Niké", en donde se reunían poetas del prestigio de Miguel Labordeta, Guillermo Gúdel, Rosendo Tello, J. A. Gómez, Raimundo Salas, etc., etc. A la sombra de estos escritores, que le entregaron su amistad, se va forjando su vocación por el camino incomprendido de la poesía.

Su labor promocional es infatigable. Funda una revista ("Poemas") y una colección de libros del mismo título, que dirige con abnegado y estusiasta sacrificio. Ha dado recitales en el Ateneo de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras y en Centros Culturales.

Publica, en 1968, "Como una profecía" (primer premio de los Amantes de Teruel de 1967), y en 1969, en la Colección "Fuendetodos", "Hablan los días".

"Vértice de la sangre" (Premio "San Jorge" de 1974), es un libro angustioso, rabiosamente humano. Un paisaje agreste y lleno de armonía, donde los versos van surgiendo, desgarrados y auténticos, con una asombrosa intuición poética y un sabor a piel pudriéndose en la tierra.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0407



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

VERTICE DE LA SANGRE

Colección "San Jorge"

9

Publicación núm. 588

de la

Institución "Fernando el Católico"

IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito legal: Z-730-74. I. S. B. N.: 84-00-04076-7

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1974

Quiero que las estaciones me consuman.
A ti, Naturaleza, yo me entrego,
con toda mi sed y toda mi hambre

RIMBAUD

Cada verso...

Cada verso que vivo,
es la herida de España que me duele
y me enciende la sangre.

Un cambiarme la piel por la palabra
que me nace desnuda
y se abraza a la tierra.

Cada verso que vivo,
es lluvia que me turba y estremece
los glóbulos más rojos.

Un pedazo de lengua que se pudre
en su amargo poema.

Cada verso que vivo,
es un himno a la vida
y un respeto a la muerte.

VERTICE DE LA SANGRE

Vértice de la sangre

DESDE el vértice puro de la sangre, impulsado
irrefrenablemente hacia la piedra
que llevará grabado mi nombre y mi apellido,
humildemente vengo con la lengua abrasada
y el corazón tatuado de inviernos y veranos.

Desde el vértice puro de la sangre,
desde mi voz mortal os requiero y os digo,
con la misma sencillez con que muere
un anciano
o pare una muchacha,
que se ha llevado el cierzo el pan y los membrillos
que legué en testamento a mis hermanos.

Y ahora que la vida ya la siento más lejos
y más cerca la muerte —perdonad mi egoísmo—,
me hierve un mal moral y unos deseos
de repartir el trigo con vosotros,
de repartir el agua, el sueño y el mensaje,
y el deshielo violento de la noche.
Yo tengo suficiente con el sol de la tarde.
Su calor ya me llega hasta los ojos.

Empezar a coger lo que más suene:
una arroba de miel en la garganta,
un poema rezando en la cocina,

un espejo viejísimo
que reflejó la imagen de mis padres,
una canción que llora en la despensa,
una boca callada, unos dientes rabiosos,
un poco de café, unos gramos de azúcar,
dos pájaros que cantan su delirio
y un amor en cenizas
(pero éstas me las quedo).

Hay tanta luz ardiente en las pestañas
o rumores nocturnos entreabiertos;
hay tantas lenguas vivas creciendo en rebeldía
y tanta rigidez en las costumbres,
que me pongo mi traje de domingo
y me voy a cantar al hombre que aún me escucha.

Todo lo doy por vuestro.
Sólo quiero los pies
para hundirme en la tierra.

Con diciembre al alcance de la mano

CUÁNTO sueño mordiendo eternidad.
Cuánto sueño precipitado hacia la nada.

No me cerréis los ojos
—hace un día de sol muy singular—,
que vivo un dulce otoño delirante
con diciembre al alcance de la mano.

No me cerréis los ojos.
Abridme las pupilas, desmesuradamente,
que quiero ser testigo del paisaje
frondoso de la tierra.

No me cerréis los ojos.
Abridme surcos nuevos en las venas, abridme la garganta,
encontraréis palabras hambrientas de justicia
y amargos vendavales ahogados en la sangre.

No me cerréis los ojos
insaciables de luz y amaneceres.
Abridme el tembloroso corazón
y cerradme la herida con canciones.

No me cerréis los ojos.
Tengo un hambre furiosa de piel sobresaltada
y un hambre, desde siempre,
de insultar a la noche.

No me cerréis los ojos.
Inundadme la boca de mies amarillenta,
de estrellas impalpables
y de senos golosos de ansiedad.

No me cerréis los ojos, por favor;
no me cerréis los ojos,
que vivo un dulce otoño delirante
con diciembre al alcance de la mano.

Hay palabras...

HAY palabras hermosas que mueren con el alba
y palabras pequeñas, muy pequeñas,
que mueren sin saber a qué han venido.

Cuando gritan los labios y supuran
—lunes y cinco de noviembre,
las siete de la tarde—,
y todos los arrestos que cultivo con mimo,
se me vienen abajo,
ya no encuentro migajas de pulpa ni maíz,
ni remanso de paz que arrope mi tristeza.

Hay rumores de lágrimas poblándome la piel
en este atardecer que, inexorablemente,
va agrediendo a las luces de la tarde.
Me detengo y percibo la insolente parodia
de las falsas canciones de la noche.

Casi en la madrugada de noviembre
me hace daño el otoño delirante
y el dulce desmoronamiento del verano.
Me hacen daño los versos, me hace daño tu nombre,
la tormenta que escupe la paz adulterada
y la amarga saliva que me ulcera la lengua.

Lunes y cinco de noviembre
—las siete de la tarde—,
granizo en los zapatos y en los ojos.

Entre sorbo y sorbo de rojizo coñac
intuyo los poemas, inundados de luz,
de las tardes tostadas de septiembre;
y escucho como llueve, mujer mía,
y pronuncio tu nombre
para saciar la sed
de tanta ausencia tuya,
de tanta ausencia mía.

Bar Edén, 5 de noviembre de 1973.

Paisaje de ansiedad

COMO un rayo encendido,
tomando posiciones que me asustan,
va medrando la noche y no puedo, os lo juro,
ni levantar los ojos, ni apuntalar el tiempo
que irrefrenablemente se me va de las manos,
ni el árbol que me daba su fruto cuando niño,
ni la voz que me duele desde siempre.

Un singular paisaje de ansiedad
me gira, sin embargo, alrededor del sol
y se abraza a la luz.
Cómo se abre la piel de la mañana
y se olvida del barro y de la piedra.

Con las cuatro estaciones en los huesos
me voy precipitando
en la más dulce gestación del alba.
Cómo se me adelgazan las ideas
y cómo el corazón rejuvenece
cuando busco el exilio voluntario
en la brasa más frágil y sensible.
Por eso me detengo con desorden
en este otoño mío
con destellos furiosos en la sangre,
que se me abre con rabia al calor de una mano.

Hoy me llueve granizo y cosechas amargas
en el húmedo vientre de la lengua,
y dos versos, con párpados ardientes,
intentan sublevarse.

Qué tarde más vacía.
Si al menos me mordieran dientes negros,
tendría su motivo la tristeza.

Hoy me llora noviembre

CUANDO abro la ventana de mi cuarto y eructo
la tristeza de mi dulce delirio,
el mundo sonrojado se me pone de pie.

Hoy me llora noviembre como nunca,
y la lluvia y el viento me pierden el respeto.
Hoy no sueño, me acompleja la noche
y acepto el estallido de las sienes.

Mi pluma —inapetente de alegría—,
coronada con oro y tinta negra,
sólo escribe dolor, palabras de dolor.

Cuando vuelvo los ojos al pasado, al presente
y al otro indescifrable;
cuando sudo agonía en la cuerda más floja,
en la tierra más seca y en el diente más duro,
qué sorpresas me encuentro en el camino.

Soy preso adolescente del amor y la lluvia,
de la sangre encendida,
del azúcar y el vino.
Soy preso adolescente del labio humedecido y tembloroso
que se asfixia en la llama del pudor.

Cuando vuelvo de nuevo
a la grieta sumisa del frondoso ramaje
del dolor.
Cuando sólo palabras retorcidas
me alientan el poema.
y me surgen,
como un zarpazo espeso de amargura,
los años de escasez de pan y todo,
y me asedian con rabia
primaveras frustradas por el odio,
una nube de fuego
me quema la garganta.

Si me fuera posible...

A mis hermanos Esperanza y Amador-Pedro.

ESCUCHO todavía
—el tiempo se ha dormido con los dientes de leche—
la canción en silencio de mi río pequeño
y el lento gotear de su ingenua cascada.

Hay voces que no suenan pero yo las escucho
en mi casa que duerme junto al Huerva;
hablan sólo de dulces estaciones,
del romero amarillo, del rocío del alba,
de las hoces que aún sueñan con la siega.

De un árbol muy pálido, azotado de angustia,
apenas perceptible por puro y transparente,
recogí la mochila y el polvo del camino
para rodar inmerso por la lluvia.
Verano y mucho sol en la despensa.

A la sombra de arbustos mal cuidados
y de besos muy tímidos,
fui creciendo hacia arriba
como crecen los trigos y el deseo,
como crece el dolor.
Me encontré con mi parte de la vida:
escogí mi mujer, mis panes y mis peces
y el misterio más hondo de la noche más larga.

Todo es mío, me lo quedo hasta el fondo;
me lo vivo y digiero a mi manera,
y resbala en silencio mi silencio.

Si me fuera posible,
madre mía,
abismarme en tus ojos como entonces;
acariciar el trigo
sumergido en las manos de mi padre;
limpiarle las pestañas, siempre llenas de barro,
a mi hermano Amador,
y a mi hermana Esperanza robarle, si pudiera,
rebanadas de miel,
los días me serían más amables;
les hablaría entonces en mi idioma sencillo,
en mi idioma de hombre que sufre y no se entrega.

Los ojos se me pierden buscando la distancia
de la luz a la sombra,
dando vida a los sueños
que agonizan, abriéndole las manos
al trigo y a la tierra.

Atardece en la cumbre del otoño
y regreso sonámbulo
al dulce litoral de los días errantes
con la mirada ausente,
fermentada de noche.

Hoy no bebo tristeza...

¿QUÉ ramaje me arropa la alegría?
¿Qué ramaje me oculta la tristeza?

Hoy me vuelvo de espaldas al dolor y me encuentro
—fenómeno rarísimo—
con un acre de cielo en las pestañas.

Ya me duele el dolor desde la infancia,
y me duelen los huesos, y me duele
la sangre desde entonces.
Por eso hoy me defiendo, labio a labio,
de la lepra impaciente que me exprime
el harén fabuloso de los sueños, de las sordas
maniobras del amor,
de las rojas hormigas que me habitan
los infalibles huecos de la noche.

Hoy no bebo tristeza, qué milagro,
ni bebo soledad. Hoy no fumo resina,
ni llevo los zapatos del vecino, ni la roja corbata
de mi hermano.
Hoy llevo una canción en la garganta y un rescoldo
de versos —sin ácidos amargos y sin odio—
y un aliento dulcísimo apresando
a la muerte.

Irremediablemente y por costumbre
me arrastro por inercia hacia la sombra
que quiere destrozarme la armonía;
pero lucho
con dientes y con ojos,
con abrazos urgentes y panales de fuego
para abrirle las venas
al sol de la mañana.

Cuarte de Huerva

EN Cuarte vi la luz, bañado por el Huerva.
Nací varón y sigo con el nombre,
y aquí lo certifico.

Una casa sencilla como un verso
me dio la bienvenida
en un 11 de julio, al declinar la tarde.

Cuarte, como sonámbulo,
inmerso en la penumbra de la noche,
parece que me escucha cuando grito
y tengo tantas cosas que decirle.

Si recuerdas a un niño con los ojos turbados
a los que tú legaste, en estado de coma,
el primer fogonazo del sol de la mañana;
ese niño, diluido en los sueños
y abrasado en el fuego de la vida,
te canta desde el suelo que le quemó los ojos
y sigue, como entonces,
amando a la justicia, al viento y al verano;
amando al hombre entero que duerme con el trigo
en la almohada,
al que sangra terrones
de tierra bendecida por la lluvia
y muere con el sol en las pestañas.

Cuarte, mi amarga y entrañable desazón,
vientre casi inhumano de mi infancia silvestre
cuando tú me ofrecías paisajes repetidos
de sombras fantasmales,
y donde yo bebí, con angustia ilegible,
en pucheros de barro y en vasijas de sombra,
las lágrimas calladas de mi madre.

Y hoy vuelvo, pueblo mío,
con las manos desnudas y el corazón enfermo de soñar,
a sorprender al río y al sarmiento;
a besar con los labios doloridos
la tierra que me guarda, en el húmedo fondo
de su vientre,
los huesos amarillos de mi abuelo y mi hermana.
A ofrecerte el poema
que me crece y me fluye del cristalino poso
de la tristeza mía,
y el rescoldo de nieve del zumo de la llama
que me guarda el secreto
de sueños y paisajes que me invento a diario.

El corazón como testigo

A mi mujer.
A nuestra hija María Elena.

CUÁNTA vida te debo, mujer mía,
y cuánto sobresalto.
Tendría que besarte la luz de las pestañas
y el paisaje incendiado de la carne.
Tendría que besarte la tierra donde gestas
estos versos de otoño con la sangre de abril.

Un día de diciembre —veinticuatro—
me pariste de golpe
—duro golpe para tu entraña virgen—
unos ojos tatuados por la lluvia
de un tallo amaneciendo,
una luna de piedra, un corazón soñando
con la luz siempre nueva de la aurora.
Me pariste de golpe, mujer mía,
un poema exaltado de ternura.

Y ahora, entre nosotros,
poniendo el corazón como testigo
a tanta madrugada cegadora,
apóyate en mi pecho mientras leo la Biblia.

Hay tristezas azules como el mar
con espuma en la boca. Cuántos días
caminaba apoyado en mi poema
con miles de preguntas bajo el brazo,

y sentía muy honda esta tristeza, y sentía
el delirio, cada vez más agudo,
de fecundar mi sangre en tus raíces;
y tú,
planeta inmerso en lo más puro,
corona irisada de mi noche y mi día,
me lo diste de golpe,
y fue como un milagro que iluminó tu vientre
ciegamente entregado.

Ya me sabe a poema tu cintura,
a pradera de besos, rabiosamente vivos,
a paisaje tallado por el alba.

Ya me pueden herir espalda y pecho
los días que me quedan,
degenerar la sangre en agua amarga
y la leche en granizo eternizado;
tú,
mi verso cohibido, mi tiempo indefinible,
ya me has dado tus glóbulos más puros.
Le has dado una razón a mi locura.

Un día de diciembre —veinticuatro—
me diste un llanto nuevo.
Unos labios de azúcar para endulzar mi muerte.

Escribiendo en la tierra

(Canto a Zaragoza)

CÓMO me vas sonando a noches de ventisca, tierra mía,
a besos muy lejanos, a huellas imborrables,
a llantos sumergidos en noches de verano,
a luz eternizada.
Cuánto grito de madre, cuánto sol en los ojos,
cuántos años rodando por tu suelo.

Hermosa tierra mía, cómo me vas poblando
de muertos la memoria.
Déjame que te cante como si fuera mío tu destino,
como si fuera tuya mi esperanza.
Me entregaste una voz para clamar tu nombre,
simiente de legumbre y de maíz para sembrar la tierra,
unas manos para segar el trigo y unos pies encendidos
para prensar las uvas.

Aquí tienes las manos que nunca fueron mías:
acariciaron ríos como mares,
acariciaron labios y bocas temblorosas,
acariciaron senos y perros con latido,
acariciaron siglos de amor desesperado.

Tierra mía, vestida de labriego,
de espigas amarillas y de furia de toro;
la del rostro del trigo y del arado,

la del rostro del pan y del sarmiento,
qué trabajosamente me has dado una alegría.
Tendría que nacer de nuevo
para agredir tu nombre.

Me llegas cada día con dulces vibraciones;
me surges sin violencia de la tierra quemada,
de la blanca ceniza de los sueños.

Cuando llego a mi casa con el alma en desorden
y repaso las noches inundadas de frío,
tu lluvia se derrama
como espuma de mar sobre mi vida.

Así anduve a tu lado, soñando y esperando,
quemando la razón de mi delirio,
escribiendo en la tierra,
escribiendo en la frente de los muertos
la cicatriz hermosa de tu historia,
fermentada en el aire,
perpetuada en la sangre.

Si es posible morirse con los ojos abiertos,
dulcificando el barro con la boca,
me moriré a tu lado,
sin sentir la impalpable sensación del miedo.
Te entregaré mi piel
consumida de sol y sobresaltos,
mi garganta y mi lengua sin preguntas,
y mi voz, muy callada,
bogando dulcemente por el Ebro.

PARIS: ETERNAMENTE NUEVO

A vosotros, Isabel Blanco y Ricardo Baltanás, amigos verdaderos, con quienes he convivido y convivo atardeceres de soledad y entrañable comunicación, estos poemas, concebidos y escritos en París, cuando el mundo se estremecía con la muerte de Pablo Neruda.

Septiembre de 1973.

París de madrugada

¿Una piedra en que sentarme
no habrá ahora para mí?
CESAR VALLEJO

NO encuentro la palabra que he perdido en el pecho
para escribir tu nombre, para escribir: París.
No encuentro la palabra de metal amarillo,
ni la luz turbadora de tus ojos,
ni el reloj que eternice estos segundos.

¡Qué música de fondo me acaricia el oído
y el Sena se me queda ensimismado
en el dulce cadáver de la noche!

Si pudieras, París, por un momento,
poner tu corazón en mi costado
sabrías que el dolor no siempre duele,
que corren,
todavía,
explosiones de vida por las venas.

Si pudieras, París, por un momento,
escuchar mis latidos,
a veces irascibles y violentos,
podrías intuir
que un corazón acorralado
no construye con humo su universo;
lo construye con lluvia, con sangre y con palabras,
lo construye con hambre y con sudor.

Desde mi exilio provinciano,
jugando ingenuamente a conspirar
y acariciando el mundo con los ojos,
yo te amaba, París.

Desde el beso oxidado que espera y desespera
y el dulce cigarrillo que me fumo
en cada amanecer,
yo te amaba, París.

Desde el turbio coñac que bebo por inercia
y me quema, brutalmente, la sangre,
yo te amaba, París.

Desde el pozo amarillo en que me pudro
sudando la agonía de ser hombre,
yo te amaba, París.

Quiero grabar tu nombre en mi tristeza
y en los versos que intuyo
en esta madrugada irrepetible;
tatuarme con la sangre
de tu melancolía, dialogar con la lengua
que te reza, dialogar con el hombre
que te odia y te blasfema.

La sombra de Vallejo
me tiene cohibido y me acompaña
en este amanecer alucinado.
Si paro sigiloso el corazón
escucho sus palabras y veo cómo flotan
sus huesos en el agua,
y cómo las estrellas balbucean su nombre
llenándose la boca de tristeza.

En esta madrugada sin relojes
—densa de tanta luz que hay en el fondo—
se consume el misterio de la noche
mientras duerme Vallejo con los ojos abiertos.

París, 4 de septiembre de 1973.

Cementerio de Montmartre

CIUDAD sólo habitada por el viento:
cómo agoniza el sol sobre tus piedras.

Párpados y labios quemados por la fiebre
y manos victoriosas de tristeza
ahogadas en el barro.
Qué inmensa soledad pare la noche.

Desvaída la luz del horizonte
estás como una herida en el camino,
desafiando al viento, junto al hombre
que sortea a diario huracanes de ira.
Un mito destronado de rumores
besa la eternidad de tu noviembre,
golpeando rosarios fulminados de frío.

Te interrogo con miedo adolescente
y te muestro los dientes empapados de hielo,
invadidos de carie,
de tanto masticar nieves eternas.

Horizonte deshabitado por los pájaros
y rojas singladuras de tierra inanimada
me van alucinando este poema.
Ya no hay zumo en los labios ni sol de mediodía,
ni susurros nocturnos para lenguas lacradas,
que un día navegaron por los mares
del beso y de la lágrima.

Huesos nobles de polvo eternizado,
calcinadas columnas vertebrales
y caderas ausentes al tacto y al rocío,
qué fría está la noche y la mañana.

Desarropado de calor y lluvia
y enhebrando las luces de la tarde
en el dulce remanso de la espera,
os entrego el poema que me duele
con ese dolor mío,
mi eterna soledad que me habla en vuestro idioma
y me va amamantando de tristeza,
mi pan de cada día.

Ciudad sólo habitada por el viento:
cómo agoniza el sol sobre tus piedras.

París, 8 de septiembre de 1973.

Cuando crece la sombra junto al Sena

ATARDECE en París, Hotel Proust.
Habitación número quince.

Cráter inverosímil de bocas incendiadas
con cantos muy extraños.
En el mismo pulmón del beso sin latido,
donde cambia el color cada mañana y abdica la hermosura
y el sollozo y el sueño hacen vida común.

Atardece en París
cuando empieza a nacerme este poema,
cuando casi con miedo maternal
se desliza la noche sobre el día,
cuando crece la sombra junto al Sena
y se hace más espesa la amargura.

Herramientas calladas
por respeto al domingo y a las huellas sangrantes
de la mano del hombre,
y sonrisas frustradas de delirio
me van saliendo al paso
en este atardecer
de latidos rabiosos de esperanza.

Por qué te precipitas, corazón,
vagabundo de sueños,
y te dejas los ojos en el Sena
donde existen, lo sabes, dientes de sol y sombra,
ojeras naufragando en el hastío
y mandíbulas pobres, tatuadas por el hambre,
muriendo intimidadas por la noche.

Cuántos días de niño me incendiabas
el pechó, y tú, París,
ardías en mi selva adolescente,
me cegabas los ojos con las luces del alba,
con el dulce paisaje de las lluvias de otoño.

Por qué te precipitas, corazón,
si toda la corteza de tu piel invisible,
tan tímida que llega hasta el sonrojo,
no conoce las lluvias inventadas
ni conoce las piedras que nunca serán besos.

Hace apenas diez días, apenas unas horas,
pudieran ser mil siglos, que te habito, París,
que arrastro por tus calles de leyenda
mis huesos amarillos y españoles,
mi sombra bajo el palio enmudecido de tus puentes
teñidos de inocencia,
y voy como un suicida alucinado
recorriendo sepulcros y museos, recorriendo
avenidas de locura,
y siempre de la mano
de imperceptibles fantasmas que me hablan
en este atardecer donde todo es insólito,
eternamente nuevo y eternamente viejo,
como el odio y el mar.

París, 12 de septiembre de 1973.

TU CUERPO Y EL MAR

Puedo invocar un nombre y no ser mío
si ella no lo pronuncia,
mil palabras
si no está su silencio recogiéndolas.
Suave como la espuma estremecida,
como ceniza ardiente, como un soplo
de luna sobre el rostro de la noche.

ROSENDO TELLO AINA

Sol ardiente

SOL ardiente. Dulce otoño encendido
degustando el invierno cada día.
En este atardecer sin alegría
voy a ciegas y solo. Voy perdido

por el túnel amargo del olvido.
Cercenado el amor, la noche mía
se me llena de sombras. ¡Qué agonía
morirse en cada verso! Dolorido

me pierdo mar adentro. Siento frío
en los huesos y me abrasa la frente.

Un miedo fantasmal y ensimismado
me da un sabor a sombra y a vacío.

Amor mío, ya sangro mortalmente
en este agonizar desesperado.

Día de Santiago de 1794.

Tu cuerpo y el mar

A veces me pregunto si es tu cuerpo
insomnio delirante o lluvia incontenible
donde sacian la sed los pájaros marinos,
o es sólo un huracán desesperado
con dos brazos abiertos al dolor.

Cuando estás a mi lado oliendo a noche amarga,
con tu hermosa verdad entre los labios,
y escucho, oh dulce singladura,
cómo te suena el mar en lo más hondo,
mi roja timidez se me subleva
y la espuma furiosa
me lleva como un río hasta tu playa.

Te voy eternizando en mi memoria.
Cuántas noches, vacío y desolado,
tu insólito refugio
me llena de calor la madrugada.
Cuántas noches te canto como canto a la piedra,
como canto a la carne estremecida,
como canto a la lluvia y a la sombra.

Eres dulce y violenta y labio inalcanzable,
como un trozo de mar allá en la lejanía.
Eres vida soñando al rojo vivo
y brasa abandonada a la tristeza.

Tu boca siempre abierta a la emoción
—acicate furioso de la sangre—,
cruzada con el sol de la mañana,
inunda con fervor la sal y los sollozos
del mar y de la tierra.

No destruyas el mar, extiéndele los brazos
y quédate dormida
en el lecho insondable de su vientre.

Te voy eternizando en mi delirio;
ola virgen de espuma
bogando por mis venas.

Naufragando en tus huellas

ESTE domingo vano, que casi me roza la demencia
mientras sueño contigo, desesperadamente,
y las manos,
naufragando en tus huellas,
se duermen mansamente en tu cintura.

Si pudieras oír cómo me llora el mar,
y cómo el corazón se recrea en tu imagen
reflejada en el viento y en el agua;
entonces, amor mío, vendrías a mi encuentro,
vendrías resbalando, como un ave nocturna,
buscando la encendida madrugada.

Mi violento relámpago, derramado en el vino
que me aturde y en el pan que me como;
desciende como un pájaro, empapado de lluvia,
a mi playa desierta. Golpéame los labios
con los besos de fuego que me abrasan.
Sobre la tierra infértil nos crecerá la yerba
dormida desde siglos,
y palomas sumisas, con sangre estremecida,
nos besarán la frente.

Cómo atardece todo
y pone en libertad a la tristeza.
Oh dicha ya perdida de asfixiarme en tu boca,

de enterrarme en tu piel, lamiendo
el zumo amargo de la ausencia.
Morir ya no es pecado si se muere soñando,
si se canta a la llama que te quema
y ondea, dulcemente, el viento donde yaces.

Todavía la sangre se emociona
cuando el cierzo me besa las pestañas,
cuando el lobo rabioso que me habita
me recita un poema de Vallejo,
o un hada milagrosa, terriblemente triste,
aún me cierra los ojos y pronuncia tu nombre
hermosamente frío.

Cómo golpea el tiempo...

TODO se va poblando de recuerdos, de canciones
yacentes, de canciones de humo,
de palabras que sueñan y agonizan
anudadas al vientre de la noche.

Era ayer, mujer mía, y ya parecen siglos;
tú, encendida, con tus ojos de fiesta,
con tu boca sangrando besos nuevos;
yo, radiante, con el sabor de sábado en los labios,
con mis dulces percances de impaciencia,
desafiando, juntos, al cierzo huracanado,
a tanta soledad diluida en el aire.

Qué oveja abandonada en el hastío
tu tristeza y la mía.
El pan lo masticamos por costumbre
y ya nos sabe amargo, a párpados sin sueño,
a manos congeladas que ya han perdido el tacto,
a semanas vacías y sin nombre.

Cómo golpea el tiempo en nuestras frentes,
cómo golpea el agua en nuestros ojos.
Una alcoba inmolada de frutas encendidas
esperaba tus besos y los míos,
tu hermosa desnudez, mi violento desmayo
y el delirio asombrado de la sangre.

Canciones calcinadas por el sol
nos van acostumbrando a vivir días muertos,
a las falsas maniobras del olvido;
y nos van destruyendo la ceniza sagrada,
que aún vive enrojecida,
en el húmedo cielo de la boca.

No descansa la lluvia en el estío
que nos ciega de luz y enfurece la sangre,
y los labios, hermosamente húmedos, aún nos llaman
y besan las palabras que crujen en el viento,
desesperadamente, y van desalojando
el dolor y la duda
de un verso enajenado de agonía.

El día se resiste
a morir golpeado por la sombra,
y me da escalofrío tanta muerte erizada
palpitando sin vida.

Nos va surgiendo un mar

LAS palabras ahogadas en la boca
nos ruedan por el suelo empapadas de miel.
Queda sangre de Dios en cada espiga;
la nuestra, sin embargo, pudriéndose en la era.

Besos inconfesables se ponen de rodillas
y acarician la tierra que cultivamos juntos,
y hasta el nivel del mar y de los ojos
nos llegan las canciones de un día amaneciendo.
Nos quedan, todavía, palabras por decir,
palabras que el silencio
como un alud de nieve las congela.

De cada cicatriz, de cada herida,
nos surge un alarido que estremece la piel.
Nos va surgiendo un mar
y una hermosa canción de sangre nueva.

Ven conmigo a la sombra y a la aurora,
a mi dulce refugio
inmolado de estrellas, al injuriado puesto que nos llama.
Ven conmigo a llorar,
condenada gloriosa del amor, cicatriz amarilla
de mis besos. Ven conmigo, amor mío,
a sublevar el cielo con los ojos,
a cultivar suspiros de senos incipientes.

Soledades enfermas, otoños *de color* indefinible,
doncellas seducidas de ternura,
y labios congelados de inocencia,
acompañan al día, al agua y a los pájaros
a sepultar raíces en las venas.

Ardiente corazón derramado en mi vida,
en mi lengua abrasada y en mi tacto agredido,
acumula tu invierno a mi costado,
tus manos a mi piedra,
y tus muslos —dos asombros redondos—
déjalos extendidos en el agua
empapados de yodo eternizado.

Tus párpados azules,
sumidos en un sueño,
me crecen y me pueblan los poemas.

TRES POEMAS CON DOLOR EN FORMA DE ELEGIA

Bajo la tierra seca,
arden eternamente vuestras llamas,
por un aire sin pájaros,
eternamente alimentadas.

JOSE LUIS HIDALGO

Collioure: Sangrando sol de España

(Poema al maestro Antonio Machado)

LLUEVE en Collioure.
En Castilla el espino está amarillo.

¡Cómo se desespera la mañana
sangrando sol de España en esta tierra
tan suya como nuestra, tan nuestra como suya,
sudario de su dulce eternidad!

Ardiendo estaba, amigos, don Antonio Machado,
y aún llevaba la sangre
ungida en la garganta
con simiente de lluvia para el hombre.
Su voz era el baluarte más humano
que fluye en la palabra: la muerte inexorable
del odio y de la guerra.
¡Qué hermosa sencillez cubrió su rostro
velado por la escarcha de febrero!

¿Qué le pasa a la tierra que se quema de angustia?
¿Por qué sudan las manos
oxidadas de plomo y de lejía?
¿Por qué se oculta el sol en las montañas?

¡Collioure!: tierra santificada de reposo,
donde Antonio Machado
se quedó congelado de tristeza
mirando al mar, mirando a las estrellas
que alumbraron sus noches de Castilla.

Su sombra temblorosa se diluye en el cosmos.
La sangre del poema se emociona.

No se mueve la tarde y sobrecoge.
El viento se arrodilla,
dolorido,
entre luces extrañas, para besar la tierra
del poeta de España y de Castilla,
del poeta del pueblo.

Venid, amigos míos, Isabel y Ricardo,
venid hasta la tumba de la vena más pura,
donde Antonio Machado hace versos de lluvia,
a extirpar con los dientes la corteza
de esta herida de España.

Hablaremos a Dios, si está en un buen momento,
hablaremos al niño y hablaremos al hombre
que aún espera prodigios en cada amanecer,
cuando ya le ha tomado la medida
a la odiosa tormenta del olvido.

¡Cómo se desespera la mañana
sangrando sol de España en esta tierra
tan suya como nuestra, tan nuestra como suya,
sudario de su dulce eternidad!

Aquí reposa el tiempo y reposa eternamente todo:
el odio y el candor,
la sangre y la palabra.

Como un niño asustado me bebo brutalmente
los últimos reflejos de la tarde.
Bendigo el horizonte. Me embeleso
y respiro profundamente el mar
más allá de los ojos.

Llueve en Collioure.
En Castilla el espino está amarillo.

Collioure, 12 de abril de 1974.

Pablo Neruda, espuma de mar

HAS muerto, Pablo, entre las espuma
que amanece en tu cielo de Isla Negra.

Has muerto, Pablo, abriéndole los brazos a la muerte,
negándoles la sangre a los suicidas.
Has muerto, Pablo, vertical y lúcido,
como muere un poeta.

Hoy llora el mar y llora, desesperadamente, el agua,
y llora la cebolla, el trigo y la palabra.
Hoy golpea el silencio en el silencio
y el llanto se derrumba en tu mejilla.

Has muerto, Pablo, vertical y lúcido,
como muere un poeta.

Tu garganta reseca de versos y de sol
se consume en el mar, se consume en el viento,
se consume en la sombra golpeando a la sombra,
se consume en la noche golpeando a la noche,
y la aurora, rodeada de llantos y de peces,
de lluvias naufragando en las pestañas,
ya se va acostumbrando a la congoja
y desciende, sonámbula,
hasta el surco de sangre donde duermes la muerte.

Has muerto, Pablo, vertical y lúcido,
como muere un poeta,
lo mismo que murieron Miguel y Federico,
como mueren los hombres

que llevan un mensaje en la garganta;
con canciones furiosas en los labios
y esqueletos de piedra cantándole a la piedra.

Has muerto, Pablo, vertical y lúcido,
como muere un poeta.

Tus manos, con los dedos ungidos de ceniza,
que acariciaron pan recién cocido,
fruta y leche
y muslos orgullosos,
están solas y frías, besadas por el barro,
mordidas por gusanos impregnados de lluvia.

Qué pálido septiembre, qué pálida la noche
cuando llegan vacíos con tu muerte.

Duelen tanto los besos como el odio,
y duele la ciudad iluminada
y los huesos mordidos por los perros.
Duele el atardecer desordenado,
los zapatos y el traje del domingo,
y duele, horriblemente, tu boca amarillenta
cerrada para siempre.

Sólo queda tu lengua incorruptible
y el huracán inacabable de tus versos.
Sólo quedan la lágrima y el luto
cayendo de rodillas en el agua.
Sólo quedan tu nombre y tu apellido
grabados en la piedra y en el cosmos.

Has muerto, Pablo, entre la espuma
que amanece en tu cielo de Isla Negra.

Has muerto, Pablo, vertical y lúcido,
como muere un poeta.

Miguel Labordeta: Quizá se fue tan pronto por miedo a odiarlo todo

Señor,
heme aquí despoblado
surgiendo entre los pájaros.
MIGUEL LABORDETA

TU viernes homicida ya es sustancia del cosmos
y estiércol fabuloso de leyenda.

¿Qué cuchillo de agosto, qué minuto insensible,
amagado en el cieno de la muerte,
te ha cortado tu lengua prodigiosa;
la lengua que lamía la herida de los hombres
y hablaba con pudor a los amigos?

¿Qué insurrección de clavos recién hechos
te han surcado canales en las venas?

Me ha caído, Miguel,
tu cadáver encima de la vida,
encima de la tierra que cosechaba trigo
para todos,
y no puedo, Miguel, con tanto peso.

Junto al cuerpo caliente del amigo,
supurando tristeza,
me encuentro desfasado, como ajeno al momento,
consolando a la sangre que me llora.
Un temblor me sacude la garganta
y me hace despertar hacia la vida.

Qué fuerza me sostiene
sin caer fulminado junto al hoyo
al verte así de largo y tan callado.

Descalzo, como un niño agonizante,
te veo en cada noche, en cada aurora,
con la frente zurcida de versos y de espuma.
Te llamo y no respondes con la voz que más quiero,
con la voz que reservo a mis hermanos,
y tú, nada, callado, jugando al ofendido,
jugando a hacer sufrir por las estrellas.

Todo se me atropella en la memoria
sin un punto de apoyo a tanta pena.
Quisiera —cómo quiero— remover todo el cielo
y escribir en las nubes tu elegía;
hacerte con mi llanto una morada
donde yazcan tus huesos
con el mismo calor y la ternura
que les daba la lluvia aquí en la tierra;
pero todo es un sueño, me traciona la asfixia.
Es tan frío y callado tu silencio que me ahoga.

A tu vena rabiosa de misterio
le duele tanta muerte y tanto luto,
tanta madre callada, tanto amigo asombrado,
y quisieras hablar, pero no puedes
—llevas siglos de angustia en la garganta—,
y todo, amigo mío, lo compensas
repartiendo tu sangre para todos.

Me quiero acomodar junto a tu sombra,
en el mismo agujero de tu muerte,
como una piedra más, como la escarcha
de noviembre, Miguel, y de diciembre,
para darde humedad a tus raíces
y vuelvas a cantar en primavera.

Luciano Gracia

Que nadie te haga daño, amigo mío,
que no pongan las manos en tus ojos.
Si algo ocurre, me avisas;
me pones al dolor un telegrama.

Tu viernes homicida ya es sustancia del cosmos
y estiércol fabuloso de leyenda.

8 de septiembre de 1969.

NOTA ACLARATORIA DEL AUTOR

Los poemas "Sangrando sol de España", dedicado a don Antonio Machado, y el soneto "Sol ardiente", han sido incluidos en este libro, con autorización de la Institución "Fernando el Católico", después de haber sido fallado el premio "San Jorge", de poesía. Gracias.

I N D I C E

Pág.

Cada verso... 7

VERTICE DE LA SANGRE

Vértice de la sangre 11
Con diciembre al alcance de la mano 13
Hay palabras... 15
Paisaje de ansiedad 17
Hoy me llora noviembre 19
Si me fuera posible... 21
Hoy no bebo tristeza... 23
Cuarte de Huerva 25
El corazón como testigo 27
Escribiendo en la tierra (Canto a Zaragoza) 29

PARIS: ETERNAMENTE NUEVO

París de madrugada 35
Cementerio de Montmartre 37
Cuando crece la sombra junto al Sena 39

TU CUERPO Y EL MAR

Sol ardiente 45
Tu cuerpo y el mar 47
Naufragando en tus huellas 49
Cómo golpea el tiempo... 51
Nos va surgiendo un mar 53

TRES POEMAS CON DOLOR EN FORMA DE ELEGIA

Collioure: Sangrando sol de España 59
Pablo Neruda, espuma de mar 61
Miguel Labordeta: Quizá se fue tan pronto por miedo a odiarlo todo 63

Se acabó la impresión de *Vértice de la sangre* el día 14 de octubre de 1974, festividad de San Calixto.

LAUS DEO

C O L E C C I O N

« S A N J O R G E »

1

ROSENDO TELLO AINA

Fábula del tiempo

2

GUILLERMO GUDEL

Egloga nueva de la tierra propia

3

JORGE JUAN EIROA

Tierra adentro

y

Ese extraño temblor

4

MIGUEL LUESMA CASTAN

En el lento morir del Planeta

5

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Distancias

6

ANGEL GUINDA

La Senda

7

EDUARDO JAVIER BRU CELMA

Andén oeste

8

EUGENIO FRUTOS

Poesía (Antología)

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·

C. S. I. C.